

de Roma estaba la vila de Phaon, en la cual se dió la muerte Neron; la de Séneca, cuyas viñas son alabadas por Plinio y Columelle, 1 la del poeta Marcial y de Quinto Ovidio su amigo. Entre todos los demas, el templo de Diana, situado cerca de los muros de Roma, se ha hecho famoso en la historia de los mártires. De estos edificios paganos apénas quedan algunas ruinas famosas; como todos los demas, han hecho lugar á los monumentos inmortales del cristianismo. Plutarco habla de fuentes y de pantanos que rodeaban la vía Nomentana; y la inscripcion de un jóven abogado en aquellas fuentes nos enseña que se llamaban las *Ninfas*, ó las fuentes de las *Ninfas*. 2

De allí el nombre de Catacumba *ad Nymphas* que se dió al muy antiguo cementerio que vamos á mencionar. Se ignora cuál fué su fundador; los monumentos primitivos atestiguan que el apóstol San Pedro tenia costumbre de dirigirse allí para administrar el bautismo. Citaré entre otros las actas de los santos mártires Papias y Mauro, que sufrieron bajo Diocleciano y que son las glorias de aquella Catacumba en la cual fueron depositados.

El quinto año desde el principio de las Termas, es decir, el año 303, el 29 de Enero, el prefecto Laodicio, sentándose en su tribunal, mandó llevar al circo Flamiano á dos soldados llamados Papias y Mauro. —"Sé que sois cristianos, les dijo el juez. —Si lo sonis, responden los mártires. —Dejad vuestro error y adorad á los dioses

1 Plin., lib. XIV, c. II; Columel., *De Re rustica*, lib. III, c. III.

2 *E vita Nymphæ fontanæ me rapuerunt, Forte mihi e tali gloria morte venit. Parvula quippe alter mihi nondum affluerat annus, Romano genere, sed Philesia nomine.*

"Me arrebataron la vida en las fuentes de las ninfas y acaso con tal muerte me vino la gloria. No cumplia aún dos años y me llamaban Philesia."

del imperio.—Que los adoren los que renuncien á la vida eterna.—Perdereis muy pronto la vida si no adorais á los dioses inmortales; haced lo que os digo y vivireis.—Sacrificad y vos vivireis en las llamas de la eternidad.

A estas palabras Laodicio manda extenderlos en la tierra y que les den una paliza. 1 Un centurion se acerca y les toca ligeramente con su baston de trónc de vid. Al punto los soldados encargados de la ejecucion descargan una granizada de golpes sobre sus valientes é inocentes camaradas. Durantè este cruel suplicio los mártires no dejaban oír más que estas palabras: "Cristo, sostened á vuestros siervos." 2 En seguida el prefecto los manda levantar, atarlos á unos postes y que les golpeen con látigos provistos de plomo, hasta que diesen el último suspiro. A la siguiente noche un santo sacerdote llamado Juan fué á recoger sus cuerpos y á trasladarlos á la Vía Nomentana, en la Catacumba *ad Nymphas*, en donde bautizaba San Pedro. 3

Sea á causa de su situacion en un terreno húmedo, sea á consecuencia de las invasiones de los bárbaros, nada queda hoy de este venerable cementerio. Pero Bosio me parece que tiene razon, contra la opinion de Boldetti, de fijar el sitio cerca de las murallas de Roma, y no á seis ó siete millas de distancia. ¿Es creible que San Pedro hubiera hecho un trayecto tan largo para ir á ejercer una función que

1 Es necesario observar aquí la conformidad perfecta de las actas de los mártires con los usos militares. Se sabe que la paliza y la diezma eran los dos suplicios reservados á los soldados.—Cælius Rhodius, *Lect. antiq.*, lib. X, c. V.

2 Christe, adjuva nos servos tuos.

3 Quorum corpora collegit Joannes presbyter noctu et sepelivit in Via Nomentana, quarto Kalend. februarii, ad Nymphas, ubi Petrus baptizabat.—"Cuyos cuerpos recogió el presbítero Juan por la noche, y les sepultó en la vía Nomentana el día 4 de Febrero, en las Ninfas en donde bautizaba Pedro."—Bar., *an.* 303, n. III.

debía repetirse todos los días, cuando podía cumplirla en Catacumbas mucho más inmediatas, principalmente en la de Santa Priscila? 1

A la derecha de la Puerta Pía, no léjos de las murallas de Roma, se encuentra el cementerio de San Nicomedes, probablemente contiguo al precedente y al de Ostriano, de que más tarde hablaremos. Las canteras de puzolana abiertas en las viñas que cubren aquella parte del Campo han degradado de tal modo la Catacumba de San Nicomedes que apénas puede reconocerse. Por eso presenta un gran recuerdo al viajero cristiano; quieró hablar del glorioso mártir que le dió su nombre honrándola con su sepultura. Nicomedes era un sacerdote de Roma cuyo celo no temia afrontar á los verdugos, para arrancar á su furor los restos sangrientos de los cristianos. Este acto de caridad debia tener su recompensa.

El nuevo Tobías es arrestado por orden de Domiciano, le obligan á sacrificar á los ídolos y su única respuesta es la siguiente: 2 "Yo no sacrifico más que al Dios Todopoderoso que reina en los cielos." Al punto le desgarran el cuerpo con látigos de plomo y le rompen los huesos; pero su boca, cerrada apénas por la muerte, va á repetir delante del Dios de la eternidad su divisa triunfante: "Yo no sacrifico más que al Dios Todopoderoso que reina en los cielos." Mientras el rey de los mártires corona á su generoso soldado, un eclesiástico llamado Justo recoge sus restos venerables y va á sepultarlos en su jardín, no léjos de los muros de Roma en la vía Nomentana. 3 El cuerpo del santo

1 Bosio, lib. IV, c. XX; Boldetti, lib. II, c. XVII.

2 Ego non sacrifico nisi Deo omnipotente, qui regnat in cælis.—Bar., *Martyr.*, 15 de Setiembre.

3 Corpus vero ejus in Tibrim præcipitatum est, clericus autem ejusdem presbyteri, nomine

sacerdote permaneció allí hasta el tiempo de San Pascual, quien lo mandó trasladar á la iglesia de Santa Praxedis, donde descansa hoy.

Siguiendo nuestro camino á otras Catacumbas continuamos el estudio del arte primitivo. Ayer nos habia dejado en la cúspide del Gólgota, delante del gran misterio de la vida y de la muerte, de la redencion por la sangre y de la resurreccion en los esplendores de la gloria eterna. El que las pinturas y las esculturas de las Catacumbas sean una preparacion para este sublime descenso; el que cada una en particular sea una revelacion parcial, y como una sílaba de aquella palabra final: RESURRECCION; RESURRECCION GLORIOSA POR JESUCRISTO; es una verdad que hace evidentes la naturaleza misma de aquellas figuras y la interpretacion de los maestros de la doctrina, cuya enseñanza inspiraba el génio del artista, y cuya autoridad vigilaba el trabajo; 1 en fin, la disposicion relativa de los asuntos.

et opere Justus, collegit corpus ejus, et posuit in birotó suo, et duxit ad hortum suum, juxta muros, Via Nomentana, et illic eum sepelivit septimo Kal. octob.—"Su cuerpo fué precipitado al Tiber; mas un clérigo del mismo presbítero, Justo por su nombre y por sus obras, recogió su cuerpo, le puso en su coche y le llevó á su huerto, cerca de las murallas en la Vía Nomentana; y allí le sepultó el día 7 de Octubre.—MS. *Cod. Vall.*, apud Bosium, lib. IV, c. XXI.

1 A las pruebas citadas hasta aquí añadiré este pasaje decisivo de las "Constituciones Apostólicas":—"Præterea credimus RESURRECTIONEM fore vel ob ipsam Domini resurrectionem. Ipse enim est qui LAZARUM.... resuscitavit.... qui JONAM viventem.... eduxit de ventri ceti.... qui TRES PUEROS e fornace Babylonis et DADELEM et ore leonis; is non carebit viribus ad suscitandum nos quoque.... qui PARALYTICUM sanum in pedes statuit.... et CAECO a nativitate, quod deficiebat.... reddidit, is ipse nos quoque ad vitam revocabit.... qui ex QUINQUE PANIBUS ET DVOBUS PISCIBUS QUINQUE MILLIA virorum satiavit.... et ex AQUA VINUM confecit.... item ex morte sublatus vitæ reddidit."—"Ademas, creemos que la RESURRECCION tendrá lugar por la misma resurreccion del Señor. Pues el

La bóveda de las cryptas está ordinariamente pintada también como el nicho. Cada bóveda se divide en muchos compartimientos llenos de asuntos opuestos, de dos en dos, y tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento, salvo algunas excepciones bastante raras en que los cuatro asuntos están tomados ya de la Biblia, ya del Evangelio. Esta disposición de asuntos, alternativamente mosaicos y evangélicos, en cuya elección y semejanza reina ciertamente una intención simbólica, es bastante general en las Catacumbas, y en ella se reconoce una mira sistemática, un alto pensamiento que habían debido presidir en el principio à esta decoración. El mismo pensamiento se revela en la composición de los sarcófagos, cuyas esculturas representan generalmente en iguales mitades, rasgos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Ahora, este es un rasgo característico tanto más digno de fijar la atención, cuanto que el motivo de él está tomado de todo un orden de ideas que se refieren à la creencia de la Resurrección.

Me complazco en repetir aquí lo que he dicho en otra parte: la Iglesia romana ha querido inmortalizar y mostrar à la luz este magnífico sistema del arte cristiano, haciendo reproducir en San Juan de Letran la sublime epopeya, cuyo bosquejo se encuentra en las Catacumbas. La Edad Média por su parte, en sus vidrieras, en sus

mismo que resucitó à LAZARO..... el que sacó à Jonás vivo del vientre de la ballena..... el que salvó à los TRES NIÑOS del horno de Babilonia, y à DANIEL en la cueva de los leones, no carecerá de fuerzas para resucitarnos..... el que devolvió al PARALITICO sus piés y al CIEGO de nacimiento lo que le faltaba; ese mismo nos devolverá la vida..... aquel que con cinco panes restauró las fuerzas de cinco mil personas..... y que convirtió el AGUA en VINO..... también hará de la muerte la vida."—"Const." Apost., lib. IV, c. 7.—¿Qué cosa más clara que este pasaje que trae todos los rasgos reproducidos más à menudo en las Catacumbas en un pensamiento común: la Resurrección?

esculturas, en sus frescos tan variados y tan poéticos, no ha hecho más que continuar el arte primitivo, del cual no es más que prolongación.

Aun más; lo mismo que el cristianismo, así la gran epopeya del arte primitivo no acaba en el Calvario. El triunfo que Jesucristo alcanza sobre la muerte, no es un triunfo personal. El cielo de que toma posesión no se abre para él solo; triunfa para la humanidad. Por ella toma posesión de la bienaventurada Jerusalem, cuyas delicias divide con sus fieles imitadores. El arte cristiano va à enseñarnos à los primeros compañeros de su gloria, los primeros frutos de la redención y como las primicias de aquella regeneración universal que, cumpliéndose poco à poco con el curso de los siglos, debe colocar en el último día del mundo, à la inmensa familia del nuevo Adán, en los tronos conquistados para ella por su augusto jefe.

El arte, fiel eco de la fe, que ha expresado tan bien la larga peripecia y el desenlace del drama divino, va à enseñarnos las gloriosas consecuencias. La Madre de Dios, los Apóstoles Pedro y Pablo, algunos mártires; tales eran en la época en que componía su galería subterránea, los tipos auténticos de la humanidad trasfigurada y beatificada por Jesucristo. No ha dejado de reproducirlos de este modo. Hasta aquí ha mostrado el trabajo y el sufrimiento; en adelante va à mostrar el triunfo y la felicidad. Su pincel ó su buril, en cuanto es capaz, llegará à hacerse más gracioso y más dulce.

La Santísima Virgen se encuentra muy à menudo en las pinturas primitivas. En una de las bellas cryptas de las Catacumbas de Santa Inés, forma el cuadro principal. En el centro del nicho que corona el arcosolio, aparece la augusta Madre de Dios. Está de medio perfil, teniendo en su regazo al Niño Jesus. Su cabeza está

adornada con un velo levantado por delante, cayendo sobre las espaldas, y cuyos pliegues vienen à descansar en sus brazos. Un collar de perlas rodea su cuello y se une à un hilo de perlas ó de tela que va à juntarse en el vértice de la frente.

Esta figura tiene de notable, que lleva el sello de la alta antigüedad, y que muestra la creencia de la Iglesia naciente relativamente à la Santa Virgen. Desde luego es evidente que los Padres de la Iglesia no han dicho jamás à los pintores, que María, la más humilde de las criaturas, se adornase con los ricos adornos que se encuentran en esta figura. Pero para expresar la alta idea que tenía el artista de la gloria de la Madre de Dios, le ha dado los espléndidos adornos de las damas romanas de su tiempo, y sobre todo los collares de piedras preciosas. No ha podido tomar su modelo más que allí, porque las mujeres cristianas, fieles à las prescripciones apostólicas, se abstenerían, como sabemos por Clemente de Alejandría, de los adornos de oro y de pedrería. 1

En seguida, lo que es todavía más interesante, es que la Santísima Virgen está representada con los brazos extendidos en la actitud de la oración. Así, à los ojos de nuestros Padres, como à los nuestros, la Santa Virgen ruega à Dios, y no nos concede ella misma las gracias que solicitamos. El culto que nosotros le rendimos, el culto que le rendían los siglos apostólicos, no es, pues, un culto supremo, un culto de adoración. ¿Qué pueden oponer los protestantes à este monumento diez y siete veces secular? No lo sé. Todo lo que sé es, que si hubieran conocido mejor nuestra venerable antigüedad, nunca se hubieran atrevido à arrojar à la faz de la Iglesia el reproche absurdo de la idolatría. 2

1 Pædagog., lib. II, c. XII; S. Hier., Epist. VII. Tertull. "De Habitu muliebri."

2 Bottari, t. III, p. 83, 172—176, 141.

El arte cristiano no se muestra menos exacto en la representación de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Por una parte, se le ve copiar tan fielmente como puede permitirle su experiencia, el tipo tradicional de los dos príncipes de la Iglesia; por otra, intérprete religioso de la fe, asigna à cada apóstol el lugar que ocupa en la gerarquía católica. La supremacía de San Pedro sobre los apóstoles y del Papa su sucesor sobre todos los obispos; tal es la piedra angular de la Iglesia. Este dogma fundamental sin el cual no hubiera ya ni unidad de ministerio, ni unidad de creencia, no podía ser olvidado por el artista cristiano. Si los autores de las herejías y de los cismas, no contentos con encontrar esta verdad que les condena en el Evangelio, en los escritos de los Padres y en los cánones de los concilios, se hubiesen tomado el trabajo de bajar à las Catacumbas, la hubieran visto grabada sencillamente por la mano de los mártires sobre los humildes monumentos de la Iglesia naciente.

Estos monumentos son de cuatro clases: los vidrios, las pinturas, las esculturas y los mosaicos. Los primeros, en el orden cronológico, son los vidrios y las pinturas. Ahora, entre aquella multitud innumerable de vidrios pintados, encontrados en las Catacumbas, no se conoce uno de ellos sobre el cual esté San Pedro colocado à la izquierda de San Pablo. En todas partes ocupa el lugar de honor, la derecha. Lo mismo sucede con las pinturas al fresco, con las esculturas y mosaicos, de las cuales algunas se remontan à la cuna de la Iglesia, y otras son obras del cuarto siglo y de los siglos siguientes. Todas perpetúan el mismo dogma que ellos transmiten à la Edad Média, de la cual, por una tradición artística no interrumpida, ha llegado hasta nuestros días. Un corto número de excepciones que resultan de la falta de aten-

ción ó de la inexperiencia, no hacen más que confirmar esta regla.

Ahora, ¿de dónde puede venir, pregunta el sabio Mamachi, esa costumbre de representar á San Pedro á la derecha y á San Pablo á la izquierda? Esto no es de la casualidad ni del capricho, pues de otro modo no hubiera sido tan constante y tan universal. Luego es necesario ver en ella evidentemente, el reflejo del dogma católico de la supremacía de San Pedro y el eco de las palabras del divino maestro: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas; á los rebaños y á los pastores»¹

Estas imágenes de San Pedro y de San Pablo constantemente reproducidas en las Catacumbas, dan lugar á otra observación. Ellas prueban el ardiente amor y la veneración filial de los cristianos de Roma hácia sus padres en la fe. Ahora, este afecto ardiente, apasionado, es un hecho atestigüado por la historia.² Ellas prueban también la presencia en Roma de los dos apóstoles, supuesto que el retrato de ellos se en-

¹ Cum igitur majores nostri hoc genere monumentorum, quod est caeteris vetustius, Petrum ad-dexteram partem, Paulum ad loevam perpetuo exhibuerint, idque non casu, sed consulto fecerint, alioqui non tam constans ea consuetudo neque tam stabilis permansisset; si quid unquam, illud quidem certe iudicantur necesse est quod soepe in commentariis scriptorum christianorum legerant, esse Petrum non reliquis Apostolis modò, sed ipsi etiam Paulo proferendum. — «Si nuestros mayores han presentado en este género de monumentos, más antiguo que los demás, á San Pedro á la derecha y á San Pablo á la izquierda, lo han hecho así, no por casualidad sino con meditación; de otro modo no hubiera permanecido tan constante esta costumbre: era necesario que alguna vez indicaran lo que habían leído á menudo en los cementerios de los escritores cristianos, esto es, que Pedro debía ser preferido no solo á los demás apóstoles, sino también al mismo Pablo.» — Mamachi, Orig. et Antiq. Christ. lib. IV, p. 485.

² Así el testimonio de la historia confirma la autenticidad de los monumentos del arte, y el arte á su vez apoya las revelaciones de la historia.

cuentra solo, con exclusion del de todos sus colegas, constantemente unido al recuerdo de los cristianos de la capital del mundo. Es digno de observarse que en el cuarto siglo el gran historiador de la Iglesia, Eusebio, se servia ya de aquellos monumentos incontestables para establecer el viaje y la permanencia en Roma de los príncipes del colegio apostólico.¹ ¿Cómo sucede, pues, que los protestantes han ignorado todas estas cosas; y si las han conocido, ¿cómo se han atrevido á mentir al mundo, á mentir á sus conciencias y á negar, como lo hacen todavía hoy en sus libelos, que San Pedro haya venido á Roma?

El divino Redentor habia dicho que asociaria á su gloriosa resurrección no solo á sus Apóstoles, sino también á aquellos que por su ministerio creyeran en su palabra. Y hé ahí que el arte cristiano da principio, pintando á algunos mártires misteriosos, á esa larga galería en que el génio de los siglos posteriores cubrirá las paredes de las basílicas de Oriente y del Occidente: Iglesia triunfante presentada sin cesar á las miradas de la Iglesia militante á fin de iluminar su camino y de excitar su valor. Se encuentran, pues, en las Catacumbas muchos mártires representados en la actitud del triunfo y de la oración.

Como su reina María, tienen los brazos extendidos y prueban dos puntos del dogma católico: el primero que los bienaventurados siguen en el cielo solicitando para nosotros las gracias que no necesitan ya para sí mismos; el segundo, que son para nosotros intercesores y no dioses; que

¹ Et confirmant quidem narrationem Petri Pausique nomine insignita monumenta, quae in urbis Romae coemeteris etiamnum visuntur. — «Y monumentos insignes con el nombre de Pedro y de Pablo confirman la narración, y se ven aún en los cementerios de la ciudad de Roma.» — Lib. II, c. XXV, p. 75.

les veneramos, pero que nobles adoramos. Si despues del establecimiento de la Iglesia no teme el arte representar á los santos y á los mártires en la actitud exclusiva del triunfo, es porque habia pasado para los débiles el peligro del escándalo y se habia afirmado el dogma. Las Catacumbas de Santa Inés y de Santa Priscila, entre otras, están llenas de estas consoladoras é instructivas pinturas.¹

Así como son tan comunes las imágenes de los mártires triunfantes, así son de raras las de los mártires en medio de los suplicios. Apenas se podrá citar un ejemplo auténtico. La costumbre de representar á los atletas de la fe en el acto mismo de su glorioso, pero terrible combate, es posterior á la primera época del arte. Explicaremos la causa de esto al hablar del espíritu general de las pinturas y de las Catacumbas.²

Despues de haber mostrado la grande obra de la Redención en su preparación y en sus resultados eternos, el arte primitivo nos dice por qué medios la Iglesia de la tierra se esforzaba en llegar ella misma á la gloriosa trasfiguración. Menciona la oración y la caridad. Estos dos admirables secretos que uniendo al hombre con Dios y al hombre con sus semejantes, preparan en la tierra la consumación universal en el seno de la eternidad, brillan como dos soles en todas las partes de la Roma subterránea y le iluminan con su luz sobrenatural. En las bóvedas de las capillas, en las paredes de los cubículos, en los compartimientos de los sarcófagos, en todas partes se ve á los primeros cristianos en oración.

A este interés religioso añaden nuestros monumentos un interés histórico de una gran importancia. Ellos, traducen sino con gracia, á lo ménos con verdad, las costum-

bres y los hábitos íntimos de nuestros padres en la fe. Así, á falta de cualquiera otra obra, sabríamos también, gracias al gran libro de las Catacumbas, que los cristianos oraban con los brazos extendidos, comunmente de pié, con la cabeza descubierta y los ojos levantados al cielo. En todas partes se les encuentra en esta elocuente actitud.¹ La túnica y la capa, los cabellos cortos, la barba corta, el calzado romano; el velo para las mujeres, con gran sobriedad de adornos, unida á un aire de profunda modestia: tal es el conjunto de sus trajes y de su exterior en las asambleas santas. Hé ahí lo que se refiere á la oración.

En cuanto á la caridad recíproca, se puede decir que su vida era un acto continuo. Las Catacumbas mismas son una prueba auténtica de ello. Pero entre todos los actos tan variados de la gran virtud del Evangelio, hay uno que los monumentos primitivos reproducen con amor; ya he nombrado las Agapas. En efecto, las Agapas resumen de la manera más cierta el dogma esencial del cristianismo, aquel que debia cambiar la faz del mundo, quiero decir, la fraternidad de todos los hombres y la igualdad de todos ellos delante de Dios. Aquí también el arte se muestra el eco fiel del Evangelio y de los Padres.²

La multitud de los creyentes no era más que un solo corazón y una sola alma. Ahora, entre todos los pueblos, el signo más expresivo de la amistad consiste en las comidas tomadas en comun. Sentarse en la misma mesa y comer el mismo pan, esto es, comunidad de pensamiento, ponerse en la misma línea y participar de la misma vida. Hé ahí lo que el paganismo ignoraba; sin duda él tenia sus comidas á que eran convidados los amigos elegidos.

¹ Boldetti, lib. I, c. V, p. 20.

² Boldetti, lib. I, c. V, p. 20.

¹ Bosio, lib. VI, c. XXVI.

² Tertull., Apol., c. XXXIX.

Sin duda tambien los parientes comian en comun sobre los sepulcros de los muertos; pero el círculo de los convidados no se extendia más allá de los límites de la familia y de la amistad; nunca el esclavo participaba de ella. En estas comidas dadas por la caridad universal se sentaban todos los miembros de la familia cristiana y esta familia abrazaba á todos los hombres marcados con el signo de la fe, sin distincion de países, de fortuna y de condiciones

A esta primera diferencia es necesario agregar la modestia, la sobriedad, la piedad que distinguian á las Agapas cristianas, miéntras los defectos contrarios parecian el acompañamiento obligado de los festines paganos. Oigamos el testimonio de un testigo ocular, de un convidado que se habia sentado sucesivamente á aquellas mesas diferentes: "El único nombre de nuestras comidas da á conocer lo que son. Se las llama Agapas, lo que significa *amor*, entre los Griegos. Cualquiera que sea el gasto que en ellas se haga es una ganancia, que aunque cuesta, produce el bien. Con estos alimentos ayudamos á los pobres á quienes cuidamos de no considerar como á esos parásitos que entre nosotros se glorían de vender su libertad para hartarse en vuestras mesas en medio de mil afrentas; pero nos conformamos con las miras de Dios que prefiere á los humildes. Así, el motivo de nuestras comidas es honesto. Juzgad, pues, del resto de nuestra disciplina, puesto que nuestras mismas comidas son inspiradas por la religion. En ellas no admitimos ni bajeza ni modestia. No se pone nadie á la mesa sino despues de haberse alimentado con una oracion á Dios. Se come cuanto es necesario para satisfacer al hombre; se bebe cuanto basta á hombres púdicos. Se queda satisfecho sin perder de vista que se debe ado-

rar á Dios durante la noche; se conversa sin olvidar que Dios escucha. 1

San Cipriano; por su parte, recomienda con instancia aquellas comidas de caridad. La Iglesia misma daba á ellas una importancia tal, que un concilio hiere con anatema á aquel que las despreciase ó se negase á ir á ellas; 2 tan cierto así es que estas reuniones, tenian una significacion eminentemente social y cristiana.

Lo que lo prueba tal vez mejor es el nombre particular dado á las diferentes especies de Agapas. En la vida del hombre iluminado por la fe hay muchas circunstancias solemnes en que el corazon parece tener una necesidad más urgente de expansion, ya sea para regocijarse, ya para consolarse, uniéndose de una manera más íntima á los corazones capaces de comprenderlo. Entre estas circunstancias, el matrimonio, la dedicacion de una iglesia, casa de Dios y casa del hombre, la sepultura de una persona querida y el nacimiento de los mártires habian parecido á los primeros cristianos las más propias para estrechar los vínculos de la caridad mútua. De allí cuatro especies de Agapas, llamadas *connubiales dedicatorie, funerales y natalitice*. 3

Despues de haber celebrado con temor de Dios aquellas alianzas que debian dar tantos héroes á la Iglesia y de santos al

1 Apol., c XXXIX.

2 Agapen et dilectionem fraternam religiose et firmiter exercendam.—"El amor fraternal ha de ejercerse religiosa y firmemente en las Agapas."—Tertull., lib. III.

Si quis despicit eos qui fideliter Agapes, id est convivia, pauperibus exhibent, et propter honorem Dei convocant fratres, et noluerint communicare in hujus modi vocationibus, parvi pendens quod geritur, anathema sit.—"Si alguno desprecia á aquellos que presentan á los pobres fielmente en las Agapas, esto es, convites, y convocan á sus hermanos en honor de Dios, y no hayan querido participar de este llamamiento, haciendo poco caso de él, sea anatematizado."—*Conc. Gangr.* c. II.

3 Boldetti, lib. I, c. XII.

cielo; despues de haber cantado con efusion de sus corazones la bondad del Señor que queria elegir para sí una nueva morada en donde sus hijos desterrados podrian ir á confiarle sus angustias y alimentarse con el pan de los fuertes; despues de haber cumplido los últimos deberes con el padre, con la madre, con el amigo cuyas virtudes habian sido un consuelo y cuya ausencia era ahora un pesar; despues de haber dado gracias al Dios de los mártires por el valor que habia dado á sus siervos y á sus siervas, así como por los ejemplos heróicos con los cuales los campeones de la fe habian dado valor y ánimo á sus hermanos, á los miembros de la Iglesia naciente, manifestaban su reconocimiento, su alegría, ó su dolor, haciendo juntos un inocente festin. Los más ricos hacian los gastos de él, miéntras la caridad llevaba allí de la mano y colocaba con distincion á los pobres, á las viudas, á los huérfanos, á los amigos de Dios. 1 Tal es elocuente uso cuyo recuerdo debia transmitir el arte primitivo á las generaciones futuras. No ha faltado á su mision.

Las Agapas se encuentran á menudo representadas en las Catacumbas. Yo citaré solamente las del cementerio de Santa Inés y de los Santos Marcelino y Pedro, publicadas por Bosio y por Bottari. En la bóveda del arcosolio está pintada una mesa en forma de herradura. Seis convidados están sentados á la mesa como nosotros, y no acostados como los antiguos; en la mesa se ven tres manjares; muchos convi-

1 Statis diebus mensas faciebant communes, et, peracta synaxi post sacra mentorum communionem inibant convivium, divitibus quidem cibos afferentibus, pauperibus autem et qui nihil habebant etiam vocatis, et omnibus communiter vescentibus.—"En ciertos dias establecidos, hacian mesa comun, y se hacia el convite sagrado despues de la comunion de los convidados; los ricos llevaban los manjares y eran llamados los que nada tenian; y todos comian juntos."—D. Chrys., *in I ad Cor.*, II Homil. XXVII.

dados llevan los alimentos á su boca. Delante de la mesa se ven ocho cestos y dos jarras para las provisiones.

En las Catacumbas de los Santos Marcelino y Pedro se encuentra una mesa de la misma forma que la precedente. Está sin mantel, así como otra mesa más pequeña colocada en el espacio semicircular formado por la primera. Delante de esta segunda mesa que es de tres piés, está de pié un jóven vestido con la túnica provista de los adornos de púrpura. Lleva con la mano derecha una gran jarra con pié en forma de cáliz, *cyathus*. Acaba de gustar ó va á gustar el contenido de ella derramando algunas gotas en el hueco de su mano izquierda, segun el uso de los antiguos. En la mesa se ven dos cuchillos, dos manjares y un animal entero, un cordero tal vez, extendido y pronto á ser cortado. Del otro lado de esta misma mesa está una gran ánfora de dos asas.

La antigüedad con sus usos íntimos, se encuentra aquí como en los frescos de Pompeya. Sabemos ahora lo que Varron entendia por la mesa de servicio que él llama *cibila* ó *mensa escaria*, en la cual se acortaban las viandas y se preparaban las bebidas ántes de presentarlas á los convidados. Vemos tambien por qué no hay nada en la gran mesa, sino la mano de los convidados que esperan los manjares y el vino. Aquí los convidados son cinco y todos están sentados. En medio está una mujer que se reconoce en su simple túnica y en sus cabellos atados en la parte superior de la cabeza. A la derecha y á la izquierda están dos hombres de los cuales el uno lleva el manto encima de la túnica. Las dos extremidades de la mesa están ocupadas por dos mujeres sentadas en sillones y que parecen asistir á la comida sin tomar parte en ella. Arriba de sus cabezas se leen las dos inscripciones siguientes: